

Hymnica: la plenitud poética de Luis Antonio de Villena
Hymnica: Luis de Villena's poetic plenitude

MARÍA PILAR CELMA VALERO
Universidad de Valladolid, España

RESUMEN

Hymnica, tercer libro publicado por Luis Antonio de Villena, supone ya su plenitud poética porque en esta obra se conjugan elementos que antes estaban en desequilibrio. Existe una perfecta armonía entre vida y literatura; entre pensamiento y sentimiento, entre realidad e imaginación; entre exaltación vital y conciencia de finitud. La amenaza del tiempo y de la muerte es conjurada por la poesía. De esta forma, *Hymnica* revela una estética muy personal, pero también una concepción vital y una ética subyacentes a todo el libro.

Palabras clave: Luis Antonio de Villena; *Hymnica*; culturalismo; Novísimos; poesía española contemporánea.

ABSTRACT

Hymnica, Luis Antonio de Villena's third published work, embodies the artist's poetic plenitude as it presents elements which were previously unbalanced. In this work, there is a perfect harmony between life and literature; between thought and feeling; between reality and imagination; between vital exaltation and awareness of finitude. In this way, *Hymnica* reveals highly personal aesthetics while underlying vital understanding and ethics throughout the book.

Key Words: Luis Antonio de Villena, *Hymnica*, culturalism; Spanish contemporary poetry; Newest Ones.

Aunque desde 1975, año de aparición de *Hymnica*¹, Luis Antonio de Villena ha publicado más de una decena de libros poéticos, se puede decir que este, su tercer libro publicado (cuarto, por orden de composición, pues el segundo sería *Syrtes*, que permaneció inédito hasta 2000), muestra una madurez poética que lo distancia de su primer libro y que nos sumerge ya en la plenitud poética de Villena. David Pujante lo califica de “libro triunfal” y lo considera también el primer hito de la plenitud poética de Villena (2012: 79).

Pero ¿qué entendemos por *plenitud*? Las dos acepciones fundamentales y más frecuentes del término son ‘momento culminante de algo’ e ‘integridad, totalidad, calidad de pleno’. Ambas son igualmente válidas aplicadas a *Hymnica*; pero, para llegar a la conclusión de que este libro supone una *plenitud*, un hito en la trayectoria vital y literaria de Luis Antonio de Villena, la segunda acepción nos puede servir de fundamento argumentativo. Porque si este libro se presenta como una superación de los anteriores es porque logra integrar en una unidad de sentido elementos antes en desequilibrio. *Hymnica* supone el equilibrio entre experiencia y creación, o lo que es lo mismo, entre vida y literatura; entre sentimiento y pensamiento; entre realidad e imaginación; entre exaltación vital y conciencia de finitud.

1. Vida y literatura

Está comúnmente aceptado por la crítica que el primer libro de Villena, *Sublime solarium*, era un libro culturalista, en el que se presentía la ausencia de las vivencias personales del autor. Quizá lo que ocurre es que, en aquel primer momento, la vivencia más importante para el autor, la que quiere recrear y quiere plasmar, es el propio acto poético, el acto de creación literaria. En cualquier caso, lo cierto es que la experiencia derivada directamente de la vida apenas aflora en este libro y de su lectura se sigue un efecto de desequilibrio en favor de la literaturización de la vida. No ocurre así en *Hymnica*, donde acto

¹ No voy a tomar en consideración para este estudio, la edición facsimilar que hizo de *Hymnica* el Centro de Editores en 2012, pues poco añadiría al objetivo que guía esta aproximación a la obra; pero sí quiero aprovechar para reivindicar las posibilidades de la crítica genética, que empieza a tener un importante desarrollo en España y que puede arrojar luz al “taller del escritor”.

y palabra, vida y literatura, aparecen en perfecto equilibrio. Son muchos los poemas centrados en experiencias personales (Brines, 1979) y cargados de referencias concretas a la vida cotidiana (clases, bares, taxis...). Algunos añaden de forma irónica un juicio de valor, como el titulado “La vida escandalosa de Luis Antonio de Villena”. Junto a estos, otros poemas nos sitúan en la experiencia literaria de escritor –“Epigrama votivo”– o, incluso, de lector –“Palabras de un lector del ‘Fedro’–. Pero en *Hymnica* acto y palabra no solo conviven, sino que se implican mutuamente. La intensidad vivencial del poeta exige la interacción entre vida y poesía, como manifiesta en “El poema es un acto del cuerpo”:

Se debe poseer un espíritu de fuego.
Haber leído alguna vez palabras que
suenen a actos, y haber trasmutado
actos en palabras [...] (Villena, 1988: 149).

La intensidad mayor se consigue sumando al gozo de vivir la traducción de esa emoción en el poema:

porque nada hay como poner la mano
del amor, sobre la joven llanura del cuerpo.
Y hacer la hoguera en ese arte del texto (Villena, 1988: 149).

Hay dos nexos de unión entre acto y palabra: el mismo fin, la Belleza; y el mismo efecto, la intensidad, el placer. En el poema “Un arte de vida”, con tan significativo e integrador título, entre los múltiples consejos que se vierten, se eleva como principio fundamental el de “embriagarte en belleza cuanto puedas” (Villena, 1988: 168); y en “La noche del poeta árabe” se refleja el resultado de esa intensidad vivencial: “A la literatura le pediste placer, / y placer a la vida” (Villena, 1988: 174).

Entre experiencia y creación, fluye la reflexión, que permite objetivar sus respectivos procesos y darles profundidad. Podría parecer que la reflexión se concentra en aquellos poemas que aluden a géneros propicios para ello, como “De un tratado helenístico de estética”, “Tratado de narcisos”, “Una ética del renunciamiento”, “Estudios neoplatónicos”, etc. Pero no es así, pues la reflexión

discurre por todo el poemario, pareja a la emoción vivencial y a la creación poética. A menudo, la estructura del poema responde a esa división: los poemas de estructura bipartita suelen tener, primero, una parte en que se recrea una experiencia concreta, de la que surge la reflexión –“Ómnibus de estética”, “Homenaje a Catulo de Verona”, “Es siempre hermoso ver brillar un cuerpo”, etc.–. En una ocasión, la reflexión, en largos versos próximos al ritmo del versículo, va seguida de una breve estrofa, en versos más breves, que parece concentrar poéticamente las ideas precedentes, sin que aluda a ellas directamente, como ocurre en “El poema es un acto del cuerpo” (Villena, 1988: 149-150). Además, hay otro poema, “Todo perfume llama otro perfume”, que posee estructura tripartita: primero, la experiencia; luego, la reflexión y, por último, el resultado poético (Villena, 1988: 152–153). Normalmente, la separación de las distintas partes de un poema viene marcado gráficamente por tres asteriscos y, en ocasiones, por un distinto ritmo poético.

El carácter abstracto de la meditación se plasma también en una tendencia a la impersonalización, que caracteriza muchos poemas y que se consigue mediante diferentes recursos: unas veces por medio de oraciones impersonales con *se*: “Se debe poseer un espíritu de fuego” (Villena, 1988: 149); otras veces por medio de oraciones en infinitivo, sin verbo en forma personal, como ocurre en el poema “Un arte de vida”: “Vivir sin hacer nada. Cuidar lo que no importa, / [...] Beber, que es un placer efímero. / Amar el sol y desear veranos...” (Villena, 1988: 168). También es frecuente la generalización, recurriendo al pronombre relativo *quien*: “Quien ha visto con sus ojos la Belleza...” (Villena, 1988: 192). Por el contrario, la inclusión de la experiencia personal marca también la expresión con la frecuente presencia del *yo* y, sobre todo, con la casi continua del *tú*, que incide en la función comunicativa concedida a esta poesía. Pero la forma *tú* adopta muchos referentes. En una ocasión, se produce una apelación directa al lector como tal; el poema “Idilio” empieza así: “Mira, lector, la luminosa mañana / del verano” (Villena, 1988: 162). Otras varias, el referente es alguien concreto, objeto de deseo del poeta. Y en otras muchas ocasiones, el *tú* parece una proyección del propio poeta, que busca un distanciamiento y, a la vez, una prolongación de sus inquietudes

en el otro. Este uso del pronombre aparece, a veces, asociado a la forma del imperativo, lo que convierte el poema en exhortación para la reflexión – “Aprende que emanan efluvios de todas las cosas” (Villena, 1988: 155)–, para la vida –“No debes salir por la tarde...” (Villena, 1988: 169)–, o para la creación – “Imagínate el sol en el verano” (Villena, 1988: 174)–.

2. Sentimiento y pensamiento

Una primera lectura de *Hymnica* desvela la riqueza sensorial y emocional del libro. La intensidad que el poeta reclama para la vida y el arte exige la participación de todos los sentidos (Bautista, 1981):

Y sobre la piel oscura el tacto
sentiría un limo vegetal y olor de fruta,
y el sol espeso, rubio, tangible como polen
minúsculo, en la hermosa armonía
del cuerpo elástico entregado al agua (Villena, 1988: 189).

En cuanto poesía de exaltación vital, de experiencias emocionales, los poemas de *Hymnica* desarrollan una rica gama de sensaciones. En cuanto reflexión sobre la vida, la belleza y la creación poética, reclaman la participación de las facultades intelectuales del autor y se dirigen igualmente al intelecto del lector, de ahí el continuo uso de verbos de conocimiento: saber, conocer, desconocer, pensar, aprender... La tensión entre pensamiento y sentimiento se observa bien en el poema “Un viejo poeta griego de Alejandría”:

... Y pensaba –con el vaso
en la mano o los ojos perdidos– que es
un fraude la vida, un engaño terrible, indigno [...]
Luego por distraerse, abría el balcón y miraba [...]
Contemplaba la radiante juventud de un dios antiguo.
Entonces, pleno en la emoción, ardiendo, escapando del
mundo,
buscaba una cama en un pequeño cuarto casi oscuro,
y allí (feliz en el instante) le entregaba a la belleza
su denario, al goce aquel espléndido y prohibido (Villena, 1988: 178).

Sin embargo, la división en facultades intelectuales y sensoriales no está tan delimitada como podría parecer, porque el hombre es un ser íntegro y, en palabras de Unamuno, “piensa el sentimiento, siente el pensamiento” (1987: 53). Luis Antonio de Villena vive con la misma intensidad sus emociones y sus reflexiones y para ambas reclama la confluencia de todos sus sentidos y facultades. Si la consciencia intensifica la emoción:

...Piensa bien la escena, y como yo,
 quédate un momento contemplándola. Observa
 el bronce en el sol y el oro entre la espuma [...]
 Estás en el instante irreplicable, eterno. El tiempo
 ha muerto, e inmortales son (ahora)
 los cuerpos rubios en que se goza tu mirada (Villena, 1988: 176).

el poeta quiere vivir también intensamente sus lucubraciones:

... y sentir como nunca, húmedos los labios,
 el néctar cruel y grato, y excitante
 y turbio, del pasar, del pasar terrible de la vida... (Villena, 1988: 150–51).

Así, no debe extrañar que el escritor emplee dos símbolos muy próximos para la emoción y el despertar de la conciencia: el fuego y la iluminación.

Esta fusión pensamiento–sentimiento que recrea la célebre paradoja unamuniana de su “Credo poético”, tiene el efecto de vencimiento del tiempo: “el tiempo ha muerto” para Luis Antonio de Villena; “el tiempo se recoge”, para para Unamuno, en “Hermosura”, poema de sus *Poesías* de 1907 (1987: 53). La contemplación de la belleza (de la ciudad de Salamanca para Unamuno; de cuerpos bellos para Villena) lleva a ambos poetas a una especie de éxtasis contemplativo, a una exacerbación de los sentidos, a una sensación de plenitud y de eternidad.

3. Realidad e imaginación

La tensión entre vida y literatura se extiende a la relación realidad–imaginación, con un similar resultado de equilibrio e interacción. La observación de la belleza concretada en la realidad objetiva hace de resorte potenciador de la

imaginación, a la vez que esta amplía aquella realidad. Este proceso se ve muy bien en el poema “Ómnibus de estética”:

Observo el lunar, y el lunar me lleva
a la ola radiante de la pestaña.
Un esclavo nubio cargado de collares,
titilos de gemas [...]

Alguien se sienta ahora muy cerca [...]
... La piel adolescente brilla como
un escudo de broce. ¡Homéricos guerreros! (Villena, 1988: 156–157).

Tras esta parte, en la que se recrea una experiencia de observación y de imaginación, en la segunda parte, el poeta reflexiona y puede afirmar que “La belleza evoca imágenes / lejanas. Acentúa la realidad” (Villena, 1988: 157). El poder de evocación de las cosas bellas, a menudo orientado hacia el arte o hacia la recreación memorialista de tiempos pasados, hace que, en efecto, la realidad se enriquezca por medio de la nueva visión que aporta la imaginación.

La imaginación, encauzada hacia la creación poética, cumple esa misma función de ampliación de la realidad:

El poema transforma la realidad para resolver
el deseo. Traslada cuerpos a imágenes pintadas.
Crea un mundo. Y la realidad es para él,
solamente, motivo continuo para una metáfora.
Pero aquí y allí siempre, pueden cantar las ocarinas (Villena, 1988: 175).

No obstante, *Hymnica* no da sensación de ser un libro que huya de la realidad, al contrario. Son muchos los poemas que están anclados en la más cruda realidad y como tal la reflejan. Sin tapujos ni eufemismos, Villena nos presenta ambientes sórdidos, relaciones de amor venal, o los efectos terribles de enfermedades de transmisión sexual. Podría pensarse que son estos poemas los que generan una conciencia de finitud, pero no es así necesariamente. En el poema “Para honrar a Ibn Quzman, zejelerero”, la sordidez desemboca en exaltación vital: “Pero te sientes allí vivo como nunca. Sabes que palpas /

realidad al extender la mano” (Villena, 1988: 184). Y en el titulado “Joyas”, la posibilidad de revivir, mediante la imaginación, una experiencia pasada conjura el peligro de que la realidad nos contriña:

Y aunque haya tenido historias no del
todo afortunadas; o a veces, la realidad
se haya impuesto, dolorosa, a la mirada,
el sobresalto aquel (lo sé muy bien) no perecerá (Villena, 1988: 172).

4. Exaltación vital y conciencia de la finitud

Aunque en *Hymnica*, en conformidad con el propio título, domina un tono eufórico, se va filtrando un tono grave que desvela el despertar de la conciencia. El verdadero protagonista de este poemario es la Belleza (Bautista, 1981). La Belleza es el principio, el ideal; de ella emanan las cosas bellas, que incitan a su posesión. En “Omnibus de estética” el poeta explica el proceso que lleva a esa exaltación vital: “Del deseo surge el amor. De la belleza / surge el deseo” (Villena, 1988: 157). Belleza, deseo, amor, posesión... Y, entonces, como se expresa en el poema “Desnudez breve de la carne”:

... La vida exalta el instante.
Porque enciende y brilla y es como un agua vital,
la gratuidad de la actitud, la ofrecida belleza del cuerpo
puro, la suave piel, el espontáneo ardor de diecisiete años (Villena, 1988: 156).

El poder de la belleza es grande, “de ayer hace hoy [...] Deroga el tiempo” (Villena, 1988: 160), pero, a la vez, se sabe que, para el hombre, el placer de su posesión dura tan solo un instante: la conciencia de fugacidad de la belleza concreta y del placer aflora en muchos poemas (“De un tratado helenístico de estética”, “Palabras de un lector del Fedro”, “Relato de una vida joven”...). Tras la plenitud del instante de posesión de la belleza, solo puede seguirse un decaimiento: “Quien ha visto con sus ojos la Belleza / tocó ya la sombra” (Villena, 1988: 192).

Afirma Villena que la belleza “nos habla sutilmente y nos incendia” (Villena, 1988: 154). Por una parte, “nos incendia”, porque de su disfrute deriva directamente la intensidad de vida, la emoción, la sensación de plenitud en el

instante. Entonces, parece que “lo que vaya a venir no importa nada” (Villena, 1988: 162). Pero, por otra parte, la belleza “nos habla” de la fugacidad del ser, de la amenaza del tiempo y de la nada:

Y aunque sea mucha la Belleza (tanta
en veces y ocasiones) debes confesar que,
en esos casos, tras el dorado sol del
esplendor, queda, como negada limosna,
un puñado de ceniza entre las manos (Villena, 1988: 167).

La conciencia de finitud del ser se impone en toda su crudeza; pero, como no hay trascendencia en la concepción vital de Villena, la toma de postura consecuente solo puede ser el goce del instante y el anegamiento en la belleza. De esta manera parece cerrarse el círculo: belleza – exaltación del instante – conciencia – exaltación del instante – belleza. Como en *Sublime solarium*, tampoco en *Hymnica* puede vencerse la muerte, pero puede conjurarse su fealdad mediante el lujo y la belleza. El poema “El ciruelo blanco y el ciruelo rojo” evoca, encarnada en la figura de un pintor japonés, esta concepción vital, la del propio poeta:

Fue afortunado, en verdad, Ogata Korin.
Gozó del esplendor de la juventud [...]
... Refinado y altivo,
no olvidó sin embargo (artista como era) la melancolía
fugaz del tiempo que transcurre.
[...]
Debió morir fascinado en la belleza,
Rodeado por una seda extraña, tranquilo.
Fue afortunado, en verdad, Ogata Korin;
Su vida fue un culto a la efímera
Sensación de la belleza. Al placer y al arte.
Y la vida le concedió sentir, ser traspasado
Por el dardo febril de la hiperestesia.
Le llamaron excéntrico, dandy o esteta.
Pero no pidió más. Sensación por sensación.
Vivir, sentir, gozar. Sin más problemas (Villena, 1988: 154).

En otro lugar he estudiado el dandismo de Luis Antonio de Villena (Autor/a), tanto en su obra ensayística (*Corsarios de guante amarillo*, Villena, 1983), como en la poética. Lo que hace Villena en este poema dedicado a Ogata Korin es recrear la figura de un dandy, figura que resulta ser una imagen especular del propio Luis Antonio de Villena, de acuerdo con la concepción de Guillermo Carnero del poema de personaje histórico analógico (1990). Y, a través de la exaltación de la figura del dandy, se expresa toda una concepción vital, fundamentada en el platonismo helenístico (Pujante, 2012: 7).

5. Conclusión

Hymnica no es solo un libro unitario de poemas; es una sentida y meditada concepción estética y vital. La primera vez que estudié la poesía de Luis Antonio de Villena (Autor/a), sugerí que quizá fuera exagerado afirmar, como hacía José Olivio Jiménez (1988), que en *Hymnica* había, además de una estética, una ética y una metafísica. Hoy, después de releer muchas veces estos poemas, coincido plenamente con el maestro.

Como en toda disciplina especulativa, el principio de la estética es el cuestionamiento sobre el origen, la esencia y las manifestaciones de su propio objeto, en este caso, la belleza:

¿Qué extraño don es la belleza? ¿Lo
sabe quien lo tiene? ¿De dónde procede,
cómo surge, por qué es tan oscuro su
nacer, por qué tan diversos sus poseedores? (Villena, 1988: 165).

La vía abierta por estas preguntas se llena de iluminaciones que proceden no solo de la reflexión sino también de la vivencia: la Belleza tiene una existencia independiente, en un plano superior (Villena, 1988: 149); se concentra en la materia, pero también vive de ella, en un efecto recíproco (Villena, 1988: 149); es perfecta (Villena, 1988: 149), pero a veces, excesiva e inasible (Villena, 1988: 163). Deroga el tiempo (Villena, 1988: 176) y, a la vez, es efímera (Villena, 1988: 149, 161, 172); acentúa la realidad (Villena, 1988: 156, 157), aunque culmina en la nada (Villena, 1988: 193).

En cuanto metafísica, Villena nos enfrenta en *Hymnica* a la realidad del ser y a su contingencia –“palpar, pasar, ser vivo” (Villena, 1988: 154)–. Resulta interesante el recuerdo y la alusión constante a la concepción presocrática del universo. Tierra, aire, fuego y agua participan del esplendor vital y sirven a la vez de imágenes para realidades relativas al ser humano, como veremos enseguida.

Aunque la amenaza del tiempo y la muerte aflora en muchos poemas, es quizá en “Vida de filósofos ilustres”, donde Villena vierte su idea del mundo y del hombre:

Aprende que emanan efluvios de todas las cosas nacidas.
 Que todo da luz. Que cada cosa inflama el aire de presencia.
 El árbol esplende, el mar se irisa, los efluvios se cruzan.
 Un cuerpo brota llamas si se hace realidad desnuda
 Sobre la arena tibia. El río incita al agua. Al júbilo.
 Todas las cosas lanzan al aire sus redes de deseos.
 Y el hombre debe enredarse en ellos. Arder. Ser humo
 Y combustión, y brasa y cellisca en sus breves días.
 Unirse a todo cuerpo. Trasmutarse en amor. No dejar
 Huir ningún deseo. Árbol o niña, joven o tigresa.
 Arder en cada amor. Y amar todo deseo. Y ser,
 Al final, como Empédocles, fuego, fuego solo, fuego
 En la alta cumbre, sagrada y estéril, del Etna... (Villena, 1988: 155).

Pero de poco sirve la metafísica si no deriva en una ética para la vida. La ética que propone Villena –que algunos considerarán antiética: “la estricta moral condenará” (Villena, 1988: 156); “Que toda vida que se vive plena es vida para el escándalo (Villena, 1988: 152)– es vivir libremente (Villena, 1988: 170), con la máxima intensidad, con la participación de todos nuestros sentidos y todas nuestras facultades intelectuales, el instante de placer y de posesión de la belleza (Villena, 1988: 170).

La plenitud que *Hymnica* ofrece en cuanto integración y armonización de elementos dispares permite afirmar que esta obra supone ya una culminación en la trayectoria poética de Luis Antonio de Villena: ¿Se puede pedir a un libro

de poemas algo más que aprehender la belleza y verterla en palabra poética; enfrentarse a la realidad del ser y a su contingencia; plantear una concepción vital de plenitud en el instante como respuesta consciente a la finitud?

Bibliografía

- BAUTISTA Urbano, Carmen (1981). “La poesía de Luis Antonio de Villena”, *Cauce*, 4, 131-150.
- BRINES, Francisco (1979). La heterodoxia generacional de Luis Antonio de Villena, *Ínsula*, 394, 1 y 12.
- CARNERO, Guillermo (1990). “Culturalismo y poesía «novísima». Un poema de Pedro Gimferrer: «Cascabeles» de *Arde el mar* (1966)”, *Quadernni di Letterature Iberiche e Iberoamericane*, 11-12, 19-35.
- CELMA, María Pilar (1995). *Mundo abreviado. Lectura de poetas españoles contemporáneos*, Valladolid: Ámbito.
- (2000). “El dandismo de Luis Antonio de Villena”, *Homenaje a José María Cachero*, Universidad de Oviedo, vol. II, 425–440.
- JIMÉNEZ, José Olivio (1988). “Introducción” a VILLENA, Luis Antonio (1988). *Poesía 1970–1984*, Madrid: Visor.
- PUJANTE, David (2012). “Oropel y vida en la joven poesía de Luis Antonio de Villena (a propósito de *Hymnica*)”, en Villena, Luis Antonio de, *Hymnica*, Madrid: Centro de Editores.
- UNAMUNO, Miguel de (1987). *Poesías* (Ed. de Ana Suárez Miramón), Madrid: Alianza, 1987.
- VILLENA, Luis Antonio (1983). *Corsarios de guante amarillo. Sobre el dandismo*, Barcelona: Tusquets.
- (1988). *Poesía 1970–1984*. Madrid: Visor.
- (2012). *Hymnica*, Madrid: Centro de Editores.

Recibido: 18.11.2017

Aceptado: 21.4.2018